

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE VIVEIRO 2014

Por Monseñor Fray José Rodríguez Carballo

Arzobispo titular de Belcastro, y Secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica

Gracias de verdad por esta presentación.

Ya se sabe que en las presentaciones se dicen muchas mentiras, bueno, que el Señor nos las perdone; pero de verdad, gracias.

*Te adoramos oh Cristo y te bendecimos,
pues por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Así rezaba San Francisco de Asís, como el mismo nos dice en su testamento, cada vez que entraba o salía de una de las iglesitas, como él las llamaba, que visitaba. Y así rezamos los franciscanos, después de ocho siglos, cada vez que entramos o salimos de las iglesias extendidas por el mundo entero.

Hermosas palabras éstas, mis queridos hermanos y amigos, que nos muestran la importancia que la pasión del Santísimo Señor Jesucristo tuvo en la vida y en la espiritualidad del poverello, el crucificado del monte Alvernia como definió él, en breve, Santo Papa Juan Pablo II a Francisco de Asís. Hermosas y apropiadas palabras éstas, para iniciar el Pregón de la Semana Santa en Viveiro en este año Jubilar Franciscano en que, como ya se ha dicho, recordamos los 800 años de la peregrinación de San Francisco a la tumba del apóstol Santiago. Hermosas y apropiadas palabras para iniciar el Pregón de esta Semana Santa en la señorial ciudad de Viveiro, franciscana como pocas todavía hoy, gracias a las raíces, ocho veces seculares, hondas y fecundas, del franciscanismo en ella, obra de una labor incansable de los hijos e hijas de San Francisco: los franciscanos, las concepcionistas franciscanas y los hermanos y hermanas de la Orden Franciscana Seglar.

Algunas tradiciones populares hablan del paso de San Francisco por estas tierras; yo no sé si es verdad o no. Lo que sí es verdad es que aquí, en Viveiro, San Francisco no se ha ido, se ha quedado, gracias a la presencia de siglos de los frailes, de las hermanas de clausura y, como dije, de los hermanos y hermanas de la orden franciscana seglar, unidos, todos ellos, por el cordón, y especialmente por un carisma, el carisma franciscano, que nos lleva a amar, servir y estar siempre



cercanos al pueblo, particularmente a los más pobres y sencillos, y gracias a una obra, la franciscana que, aunque se haya visto privada de la presencia de los hermanos menores desde los tiempos de la desamortización, sigue, sin embargo, viva e impresa profundamente en los corazones de los habitantes de esta ciudad gracias, las quiero nombrar una vez más, a las queridas Hermanas Concepcionistas Franciscanas y a los hermanos y hermanas de la Venerable Orden Tercera.

A todos los presentes les deseo Paz y Bien, la paz y el bien que el Señor nos regala, y les saludo como nos enseñó a saludar San Francisco de Asís: el Señor os dé la Paz. Un saludo cordial y afectuoso a las autoridades eclesíásticas, comenzando por el amado Sr. Obispo, D. Manuel, al que agradezco muchísimo su presencia en este acto; con él, saludo también a los sacerdotes y a los religiosos. Un saludo particular a las Hermanas Concepcionistas Franciscanas que, aunque a distancia, no por ello deja de ser afectuoso y fraterno, y a todos los hermanos y hermanas de la Orden Franciscana Seglar, así como a la Junta de Cofradías de Viveiro. Un saludo,



no menos cordial y afectuoso, a las autoridades civiles que nos honran con su presencia, particularmente a la Sra. Alcaldesa: gracias por la acogida que me ha dispensado en su ciudad; y a la Secretaria de Turismo, Sra. Nava: gracias por estar aquí, a la que una vez más agradezco públicamente todo lo que está haciendo por este año jubilar franciscano. Un saludo agradecido a la presentadora de quien les está hablando y a todos los que me han precedido en este pregón y que hoy han querido acompañarnos.

Gracias a la Xunta de Cofradías por haberme invitado a hacer este pregón, nun ano tan significativo para todos nós ó cumprirse, como xa recordei, 800 anos da peregrinación de San Francisco á tumba do Apóstolo Santiago. Foi, segundo nos contan as crónicas do tempo, no ano 1214 cando San Francisco veu visitar as terras do Fisterra para venerar os restos do Apóstolo Santiago, camiño de Marrocos, onde deixaba testemuña, co martirio, da súa fe en Cristo. Na cidade do Apóstolo foi acollido por Cotobai, un dos nomes da cidade, e mais tarde, moi preto do sepulcro apostólico, en Val de Deus, onde hoxe se atopa o convento de San Francisco, o Santo de Asís fundou o primeiro convento da orden Franciscana fóra de Italia, antes de volver, coma un peregrino máis, á súa terra umbra. Desde Santiago estendeuse a presenza franciscana por toda Galicia, enchéndose a nosa terra de conventos franciscanos, moitos deles, grazas a Deus, aínda son habitados polos franciscanos da provincia de Santiago; entre os moitos conventos que houbo, e hai, na nosa terra quero citar Ourense, Ribadavia, Monterrei, Trandearas, Louro, Noia, Betanzos, Herbón, Pobra do Caramiñal, Coruña, Pontevedra, Pontearas, Lugo, Ribadeo, Viveiro...

Permitídemme que vos diga que, para min, é unha honra vir a Viveiro en calidade de pregoeiro dunha semana santa merecidamente recoñecida en Galicia, España e, como se nos recordou fai un ano, a nivel internacional.

Foron os franciscanos, custodios dos lugares santos da terra do Señor desde que peregrinou, a aquela

terra, San Francisco no ano 1218, os que, por onde ían, inculcaban á nosa xente, sobre todo á xente sinxela do pobo, as representacións dos actos principais da Paixón e Morte do Señor. Era unha forma de deixarse invadir polo espírito da Semana Maior: nacerán así as representación do Desencravo, da Cea do Señor, do Encontro, do Santo Enterro e tamén as principais procesións que hoxe recorren as rúas desta cidade. Que bos catequistas eran entón os franciscanos e os domingos, canta creatividade evanxelizadora.

Semana Santa, Semana Maior chea de recordos e portadora de abundantes grazas para cantos, acompañados da man da Igrexa, viviremos estes días en santo recollemento e facendo tesouro da Palabra de Deus, que actualiza canto aconteceu hai dous mil anos en Xerusalén. Semana Santa, semana en que facemos memoria agradecida do amor de Deus manifestado na entrega do seu fillo: *mirade, mirade que amor tan grande nos tivo Deus*, dirá o apóstolo Paulo, *que nos entregou o seu fillo*. Semana Santa, días para recordar e agradecer, pero tamén para seguir o camiño que o Señor escolleu para a nosa salvación. Semana Santa, semana en que os pecadores arrependidos son perdoados, aos mortos polo pecado dáselles a oportunidade de volver á vida, aos tíbios ofréceselles a ocasión para deixarse queimar o corazón pola palabra da salvación, e aos tristes anúnciaselles a boa noticia que ten orixe na Resurrección do Señor. Semana Santa, á que a cidade de Viveiro non pode ser allea. Semana Santa, en que os actos litúrxicos e as procesións convértense en pedagogía sinxela e directa para quen sabe ler desde o íntimo.

Os anuncio pues, amados en el Señor, con emoción contenida, que ya estamos en la cuenta atrás para celebrar el misterio central de nuestra Redención, la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, misterio de liberación de la esclavitud del pecado y de la muerte, misterio que hizo posible una nueva primavera para la humanidad, misterio que infunde esperanza y gozo incontenible y que nos lleva a gritar que Cristo es vida y la vida en plenitud.

Ocho días tan solo para hacer memoria cordial y afectuosa que como Jesús, el Cristo, muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró nuestra vida. Ocho días para que los cofrades, con sus hábitos penitenciales, seguramente muchos de ellos con los pies descalzos y a veces bajo la lluvia, vean cumplido su sueño de acompañar a su imagen preferida o, simplemente, puedan cumplir con una promesa que sólo ellos conocen, hecha en momentos de dificultad por la que ellos mismos atravesaron o por la que atravesó uno de sus seres queridos. Ocho días quedan para que, desde el Viernes de Pasión hasta el Domingo de Pascua, salgan de los templos principales de esta ciudad (San Francisco, Capilla de la Misericordia y Santa María) los pasos de Semana Santa, ricos por su valor artístico, pero mucho más ricos por su valor religioso y sentimental, por estar unidos, muchos de ellos, desde hace siglos, desde el XV, a la piedad popular de esta ciudad y de sus gentes. Ocho días tan sólo para que el Hijo de Dios, hecho hijo del hombre, y su Madre nuestra Madre la Virgen de los Dolores crucen sus miradas con las nuestras, recorriendo calles y plazas al son de tambores y de trompetas. Ocho días para que, introducidos por la Procesión de la Virgen de los Dolores, que sale el Viernes de Pasión, y después de escuchar el relato de la Entrada de Jesús en Jerusalén, el paso de Cristo, Rey pacífico y humilde, cabalgando sobre una borriquilla, como había profetizado Zacarías, salga de la Iglesia de San Francisco para bendecir a niños y mayores y a cuantos, como los habitantes de la Ciudad Santa de Jerusalén, en el primer Domingo de Ramos, lo aclamen como *Bendito el que viene en nombre del Señor*; que no quede ningún niño de Viveiro sin aclamar al Señor y ser bendecido por él; hacedle, queridos padres y abuelos, este regalo a vuestros hijos y nietos, seguro que mañana os lo agradecerán. Salgan todos los habitantes de esta ciudad para aclamar con palmas de victoria al Señor que viene, salgamos todos a su encuentro con himnos y cánticos diciendo: *Bendito eres Señor, hosanna a Ti, vencedor de la muerte y del mal*. Ocho días para que ese mismo Domingo de Ramos procesionen los pasos del Eccehomo de los Franceses, el de la Coronación de Espinas, el del Cristo de la Vera Cruz y el de la Virgen Inmaculada Dolorosa, invitándonos a contemplar los atroces dolores que Jesús sufrió durante su Pasión, una Pasión, queridos amigos, que sigue viviéndose en los muchos refugiados que arrastran su cruz de campo en campo, de país en país, y las mujeres que sufren en su cuerpo la muerte y el ultraje sin ninguna compasión por parte de quienes las miran sólo como objeto, en los niños que son carne de guerra, en la legión de olvidados que siguen en el olvido y morirán en el olvido, en los cristianos que siguen siendo asesinados o marginados por el único delito de ser discípulos de aquel que pasó haciendo el bien.

Y después de escuchar el Lunes Santo la Tamborrada que recorrerá las calles de Viveiro, el Martes Santo y el Miércoles Santo, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones recorrerán las calles de esta ciudad en silencio contemplativo con el ejercicio del Santo Vía Crucis, y todos podrán contemplar los pasos del Cristo de la Vera Cruz, María al pié de la Cruz y el Cristo de la Agonía; y entonces, llevados de la mano de la liturgia, seguiremos meditando los acontecimientos que precedieron a cuanto celebraremos durante el Triduo Pascual. De meditar se trata, amigos, pues hacer memoria de la Pasión del Señor comporta involucrarnos en dichos acontecimientos; los habitantes de esta ciudad no pueden ser meros espectadores, quieren ser actores, en cuanto se dejen interrogar por un amor, el amor de Jesús que no tiene límites: nos amó hasta el extremo de dar su vida por nosotros.

Ocho días faltan para que transportados en espíritu al primer Jueves Santo de la historia y a la Sala Alta del Cenáculo de Jerusalén, sentados alrededor de su Mesa, escuchemos de labios del Señor y Maestro su testamento cargado de afecto y de compromiso: *amaos, amaos los unos a los otros como yo os he amado*; y también: *ejemplo os he dado lavándoos los pies* para que vosotros hagáis otro tanto. Ocho días para que el Señor nos haga llegar este testamento como Sacramento, dándonos a comer su Cuerpo y a beber su Sangre, embriagando así nuestra existencia en vida y en vida abundante. Entonces, como nos enseñaron nuestros mayores, peregrinaremos a diversas iglesias, y arrodillados ante el Señor Eucaristía, permaneceremos en adoración, agradeciendo al Señor de la vida el que permanezca entre nosotros en forma oculta y misteriosa, ciertamente, pero igualmente real, bajo las humildes apariencias del Pan y del Vino, como recuerda Francisco.

Y al caer de la tarde, Viveiro saldrá a la calle para acompañar el hermoso y artístico paso de la Cena del Señor que, acompañado por el paso de la Oración del Huerto, de la Flagelación, del Eccehomo y de la Virgen de los Dolores, recorrerá nuestras calles. Y entonces, más de uno, también la multitud que abarrotará las aceras de las calles, no podrán menos que estremecerse al paso de la procesión por intuir el drama que está viviendo Jesús en su corazón por una traición ya anunciada, la traición de un amigo, y con Él, su Santísima Madre, Corredentora con el Redentor; entonces podremos hacer memoria de aquellas palabras de Jesús que hoy se realizan plenamente en Él: *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*; y Pablo, comentando estas palabras, podrá decir: *y pensar que, cuando Jesús murió, nosotros éramos sus enemigos por el pecado*. Y podremos, entonces, sentirnos afortunados, sí, afortunados, por ser contados entre los amigos del Señor.

Y ya, adentrada la noche, seguiremos velando y viviendo el Misterio del Jueves Santo, participando a la procesión del silencio, y es que todo tiempo y fatiga son poco para el corazón atravesado por el dardo del amor de Jesús. Y en actitud de vigilia, de oración, acompañaremos a la Procesión del Prendimiento y a la Procesión Penitencial de la Redención, que nos introducen en el misterio del dolor y sufrimiento del Hijo de Dios.

Y ya, en el Viernes Santo, seguiremos los pasos que se dan cita en la Plaza Mayor, y conmemoraremos allí el Encuentro; unos podrán sentirse representados en el encuentro del Hijo con la Madre, otros en el encuentro de Jesús con el discípulo al que Él amaba, otros, en fin, en el encuentro de Jesús con la Verónica, o en todos ellos pues, en cada uno de nosotros, puede esconderse algo de todos ellos: la ternura de María, también en los hombres, la ternura, que no es sólo una virtud de mujeres, la ternura de María; la amistad de Juan; y el deseo ardiente de que el rostro del Señor quede impreso para siempre en nuestros corazones como quedó en el velo y, seguramente, en el corazón de la Verónica.

Y después de escuchar el Sermón de las Siete Palabras, pasado el mediodía, nos reuniremos de nuevo en los templos de nuestra ciudad para seguir escuchando de nuevo el relato de la Pasión, relato estremecedor por tratarse del amigo traicionado por el beso del amigo, y la huida vergonzosa y furtiva de todos los suyos; relato estremecedor por tratarse de la condena a muerte de un justo y de un inocente por el gesto cobarde, tal vez el más cobarde de la historia, de un hombre que, por mantener el poder, realiza el gesto más bello, lavarse las manos, y prefiere escuchar el grito del pueblo (crucifícale, crucifícale) antes de hacer justicia. Relato estremecedor el de la Pasión porque el más

bello de entre los hijos del hombre, como dice el salmo, es ahora escarnecido, humillado, y como oveja llevada al matadero, muere entre dos malhechores. Relato estremecedor, porque quien no conoció pecado, Dios lo hizo pecado para salvar a los pecadores; y callarán las campanas, y en nuestras Iglesias reinará el silencio y la tiniebla. Todo nos invita a recordar que, hace dos mil años, se cometió el crimen más horrible que jamás el hombre pudiera perpetrar; que también hoy en pleno siglo XXI, la Pasión de aquel Hombre que pasó haciendo el bien, sigue siendo actual. Y entonces levantaremos la mirada para mirar al Crucificado, al que traspasaron, como el puro de Israel miraba a la serpiente pidiendo la salud del cuerpo y del alma; y seguiremos también con el corazón contrito, el Descendimiento o Desenclavo, y acompañaremos la Procesión del Santo Entierro, la de la Pasión, la de la Soledad... que nos recordarán el drama de la primera Pasión; entonces podremos hacer memoria de nuestras cobardías, de nuestras negaciones, de nuestros pecados... y, como a Pedro, el Señor nos dará la gracia de llorar un pasado en el que, como el hijo pródigo, hemos malgastado cuanto de bueno el Señor nos había dado y, como el buen ladrón, podremos implorar el perdón y decir: *acuérdate de mí cuando estés en tu Reino*; entonces podremos comenzar de nuevo, y el Señor hará fiesta, más fiesta por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión. Y es que no hay pecado que no pueda ser perdonado, sí, no hay pecado que no pueda ser perdonado, por lo que también nosotros nos podremos confesar, como hace el Papa Francisco, de ser pecadores curados por la misericordia de Dios; y es que la Cruz nos revela que el amor revive de la crueldad de la mentira: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*.



«CORAL POLIFÓNICA "ALBORADA" EN EL PREGÓN» — FOTOGRAFÍA: JOSÉ MIGUEL SOTO

Y ya el Sábado Santo, podremos acompañar la Procesión de la Esperanza de la Resurrección que nos introduce en el gran anuncio que escucharemos en la Vigilia Pascual: no está aquí, ha resucitado como había dicho; y volverán a tocar las campanas a gloria, y nuestros templos se llenarán de luz, y nuestras voces entonarán una y otra vez: ¡Aleluya! Nos preguntaremos: donde está muerte tu victoria, *donde está muerte tu aguijón*; y escucharemos la respuesta que llega desde nuestro corazón de creyentes: la muerte ha sido definitivamente derrotada, definitivamente vencida. Y en esa noche de luz y de gracia, renovaremos nuestras promesas bautismales, y una vez más nos comprometemos a ser discípulos y misioneros; lo que es imposible para nosotros no lo es para Aquel que nos da la gracia, y en nuestra debilidad volverá a resplandecer la gracia y la fuerza del Señor para, el cual, nada hay imposible.

Ya, el Domingo de Pascua, saldrá el paso de la Procesión del Encuentro de Resurrección, y los que poco antes hemos contemplado al Cordero Pascual inmolado en la fibra inerte de un madero, podremos ahora contemplar ahora la gloria del Resucitado, y las cicatrices de los clavos convertidas ahora en cicatrices de gloria; y cuantos hemos escuchado las palabras de Jesús moribundo en la Cruz, como siete puñales acerados que desgarraron el corazón de la Madre, escucharemos ahora: *no temáis, id y decid a cuantos encontréis por el camino ¡está vivo! ¡os precede la Galilea de vuestra cotidianidad! ¡allí lo encontrareis!* Y lo que parecía un fracaso se trans-

forma en triunfo, el Crucificado como un malhechor ha transformado la historia de la humanidad, y con la Iglesia bien podremos cantar: *feliz culpa que mereció tal redentor*. Ahora, ya podremos comprender cuanto nos dice la carta a los hebreos; a Jesús lo vemos coronado de gloria y honor por haber padecido y muerto, por la gracia de Dios tenía Él que buscar la muerte en beneficio de todos, pues era conveniente que Aquel por quien y para quien ha sido creado todo, queriendo conducir a la gloria a muchos hijos, elevara, por los sufrimientos, al más alto grado de perfección, al jefe que los iba a llevar a la Salvación. Y también tenía que hacerse, Jesús, en todo semejante a sus hermanos, para ser ante Dios un Pontífice misericordioso y mediador fiel, capaz de explicar los pecados del pueblo, porque Él mismo sufrió y fue probado.

Queridos amigos de Viveiro, este es el final como podemos entender el principio. Es la Resurrección la que da sentido e ilumina el drama de la Pasión y Muerte del Señor; es la Resurrección la que da sentido a nuestras cuaresmas y, también, a nuestros Vía Crucis. En esta Semana Santa, fijemos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe; hagámoslo en este Año Jubilar Franciscano, dejándonos acompañar de Francisco de Asís quien, como pocos, vivió el misterio de la Pasión del Señor hasta el punto que Celano, su primer biógrafo, pudo escribir de él: llegó por fin la hora que, cumplidos en él todos los misterios de Cristo, voló felizmente a Dios. Este paso, del mundo a Dios, que ha resumido

«PROCESIÓN DE LA SOLEDAD Ó "DOS CALADIÑOS"» • V.O.T. — FOTOGRAFÍA: GERMAN PALEO



toda su vida, no era solamente la pascua de Francisco: era también la pascua de Cristo en Francisco. Tal es la historia de la Santidad Cristiana, la de Francisco y la nuestra: participar en los misterios de Cristo dejándose invadir, conquistar y transformar progresivamente por Cristo hasta llegar, también nosotros, como San Francisco, a ser otros cristos, *alter cristus*. Es Francisco en su testamento quien nos dice: el Hijo de Dios nos ha dejado ejemplo para seguir sus huellas, todo un programa de vida cristiana; seguir las huellas del hijo de Dios no es otra cosa sino penetrar de manera cada vez más profunda y conscientemente en el misterio de la Vida, Pasión y Muerte del Señor, haciendo que los dedos de la mano de Dios, su Espíritu Santo, modelen, por las palabras de la escritura y de la liturgia, una nueva criatura en cada uno de nosotros. Así, no asistiremos a los misterios de la Pasión y Muerte del Señor, como decíamos al principio, como meros espectadores, sino como la vivió Francisco, en el misterio de la impresión de las yagas en el monte Alvernia, dos años antes de morir en el 1224; donde también nosotros la viviremos tomando parte activa en ella, y transformándonos en el amante: el amado se transformó en el amante, dice Santa Clara hablando de Francisco, y experimentaremos en nosotros la sin medida, como dirá San Agustín, del amor de Cristo; y también nosotros, como San Francisco iremos gritando: el Amor no es amado, el Amor no es amado. Y es que Dios, nuestro Dios, es el nunca bastante; y esa

será nuestra pasión: hacer que todos amen a quien nos amó primero.

Creo que ser cristiano, escribe un teólogo moderno, bien conocido en la Iglesia, es la tarea más sencilla, la más simple, y, a la vez, aquella pesada carga ligera de la que habla el Evangelio; cuando uno carga con ella, ella carga con uno, y cuanto más tiempo viva uno, tanto más pesada y más ligera la carga será; al final sólo queda el Misterio, pero es el Misterio de Jesús.

Señor Jesús, Tú que subiste a Jerusalén para sufrir la Pasión y así entrar en la Gloria, condúcenos a la Pascua Eterna. Señor Jesús, Tú que exaltado en la Cruz quisiste ser atravesado por la lanza del soldado, sana nuestras heridas. Señor Jesús, Tú que clavado en la Cruz perdonaste al ladrón arrepentido, perdónanos también a nosotros, pecadores.

Madre de los Dolores, de la Soledad, de las Angustias, de la Serenidad... que importa el título, Madre, danos la esperanza que anidó en tu corazón durante la Pasión de tu Hijo. Que Él en la gracia y oportunidad de esta Semana Santa de Viveiro, nos alcance la vivencia y la experiencia personal comunitaria del amor que Dios nos manifestó en la entrega de su Hijo. Y como terminaba Francisco quiero terminar yo: Fiat. Fiat. Amén. Amén. Paz y Bien, amigos de Viveiro.

«EL CALVARIO» • 1946 / 1949 / 1952 • HERMANDAD DE LAS SIETE PALABRAS — FOTOGRAFÍA: GERMAN PALEO

